

das sucesivamente á preparar en todo sentido el advenimiento de una época, en que las instituciones y las leyes habián de tener su mas perfecta plenitud. Preguntar, pues, por qué no hizo Dios tales ó cuales cosas, para dar mayor perfeccion á las instituciones antiguas de su pueblo, es lo mismo que preguntar, por qué no hizo descender al Mesías desde la época primitiva en que fué prometido y anunciado á las generaciones; y ya se sabe que tal pregunta no dejaría de ser en buena lógica un solemne y ridículo disparate.

No nos extenderémos mas sobre este punto, aunque ha dado á los mas profundos apologistas mui amplia materia para llenar volúmenes enteros. Una ojeada rápida sobre la legislacion de Moises, con atencion particular á su objeto, al tiempo en que se publicaron sus preceptos, á las circunstancias locales y políticas de la nacion judía y al modo con que la Providencia regula el curso natural de los acontecimientos humanos, basta para convencernos de que Dios fué el Legislador de los judíos, y Moises su primer ministro; y para convenir, en consecuencia de la magnífica economía de la legislacion mosaica, en que, léjos de ser esta contraria, bajo ningun aspecto, á la sabiduría infinita de su Autor, "se ve resplandecer en ella, como observa el célebre Jaquelot, esta divina sabiduría, aunque proporcionada siempre " á las debilidades de los israelitas, al estado del mundo y " al gusto de la razon."¹

CAPITULO IV.

DE LOS PROFETAS.

La existencia de la prediccion y su cumplimiento prueban concluyentemente la mision divina de los profetas, que consiste precisamente en anunciar de parte de Dios ciertos futuros acontecimientos á los hombres. Hemos demostrado ya lo primero: en cuanto á lo segundo, hai que distinguir las profecías que miran á Jesucristo, de cuyo cumplimiento hemos de tratar en el capítulo siguiente, de las que se habian verificado ántes, á las cuales debemos limitarnos en el presente capítulo; pues en materia de profecías, lo mismo que de milagros, basta un solo hecho para demostrar la mision particular del personaje que pronuncia las primeras ó prac-

¹ Jaquelot. La conformité de la foi avec la raison. Part. I, chap. II.

tica los segundos; siendo cierto tambien, segun lo hemos demostrado ya, que la causa eficiente de los milagros es Dios, y que sin expresa mision de este Ser infinito nadie puede profetizar. Sin embargo, como nos hemos propuesto extender nuestras pruebas á la vida y escritos de los enviados, hablaremos aquí: primero, de las profecías verificadas; segundo, de la vida de los profetas; tercero, del carácter de sus escritos.

§. I.

Profecías verificadas ántes de Jesucristo.

Sin entrar ahora en la reseña de las muchas profecías que se hallan en el Pentateuco, y de las cuales acabamos de hablar, en parte, pasemos á tratar de algunas de los profetas que hemos enumerado, las cuales tuvieron su mas exacto cumplimiento aun ántes de la venida del Mesías. En el capítulo VII, verso 8 de Isaías, predice este profeta el fin del reinado de Israel, señalando hasta el instante. "Dentro de sesenta y cinco años, dice, Ephraim habrá dejado de ser un pueblo;" y esta profecía fué cumplida en los tiempos de Salmanasar y Assharaddon.

Profetizó Jeremías contra Babilonia en términos tan vehementes como minuciosos: *El dragon del desierto, exclama, se radicará en ese sitio con los reptiles, y las aves lúgubres harán allí su mansion: no será ya jamás habitada, ni se levantarán, para reedificarla, ninguno de los que siguen en las generaciones venideras. . . .*¹ *Un montón de piedras será Babilonia, dice en otro lugar,² guarida de las bestias salvajes, espanto, silbido: nadie habitará allí.* Benjamin de Tudela muestra el cumplimiento de estas profecías, asegurando que ya en su tiempo el palacio de Nabucodonosor no formaba sino ruinas que habian venido á ser albergue de serpientes y escorpiones.

¿Quién ignora la célebre profecía de Isaías,³ en que Ciro es designado por su propio nombre, cuando anuncia el profeta la reedificacion del templo y de la ciudad de Jerusalem? Tal es la minuciosa escrupulosidad con que todo se va designando, que no parece sino que la profecía fué proferida

¹ Jerem. Cap. L, v 39.

² Cap. LI, v 37.

³ Isaías, XLIV, v 26, y XLV. vv 1.º y sig.

después del acontecimiento, el cual no se verificó, sin embargo, sino hasta los doscientos años de su predicción.

Herodoto nos hace ver el cumplimiento de las profecías de Jeremías y Ezequiel relativamente á Epheró, rei de Egipto, diciéndonos que este monarca fué aprehendido por Amásis, encerrado luego en una prision en Saís, y por último, condenado á muerte.

Ezequiel consuela en estos términos á los judíos, profetizándoles el fin de su cautiverio, y su feliz retorno á la patria. *Yo os haré habitar como ántes, dice á nombre del Señor, yo os daré los mas grandes bienes como al principio, y así comprenderéis que yo soi el Señor.*¹ Estas mismas predicciones, en términos diferentes, se encuentran repetidas en otros dos lugares del mismo profeta. Su cumplimiento exactísimo es un punto de la mas alta notoriedad en la historia.

Daniel, al profetizar la ruina de Jerusalem bajo Vespasiano y Tito, abarca una larga serie de sucesos que debían preceder á la última catástrofe, y que se verificaron á la letra cuando les fué llegando su turno. En el capítulo XI habla de los primeros reyes de Persia hasta Xerxes, de Alejandro y sus sucesores en Egipto y en Siria, como si escribiese una historia. Este es el capítulo que el Pontífice Jaddo, segun refiere Josefo, leyó al grande Alejandro cuando este rei pasó por Jerusalem.

He aquí una profecía de Oseas: *Los hijos de Israel estarán mucho tiempo sin rei, sin caudillo, sin sacrificios, sin altar, sin Ephod y sin Theraphines; y después de esto, volverán los hijos de Israel en busca del Señor Dios suyo, y David su rei: y buscarán con temor al Señor y á sus bienes en el fin de los tiempos.*² Ahora bien: ya se entienda que habla esta profecía del cautiverio de los judíos y de su regreso á la patria bajo la conducta de Zorobabel, segun la interpretacion que ellos hacen, ó bien que aquí se trate de las desgracias que habían de pesar sobre esta nacion después de la muerte de Jesucristo, como lo entienden San Gerónimo y muchos autores cristianos, el hecho es que la profecía se encuentra de todo punto cumplida.

El profeta Amós predijo dos años ántes el temblor de tierra que aconteció cuando el rei Osias usurpó las funciones del Sumo Sacerdote, y profetizó tambien el cautiverio de los judíos y su regreso á su país. Nos haríamos interminables,

¹ Puede consultarse el cap. XXXVI, v II, cap. XXXVII, v 12 de Ezechiel.

² Cap. III, vv 4 y 5.

si pretendiésemos entrar aquí en todos los pormenores que se refieren á las profecías cumplidas con exactitud ántes de la venida de Jesucristo. Basta decir que todas ellas están muy circunstanciadas, todas persuaden su verdad, no solo con el texto de los libros santos, cuya autoridad tenemos ya justificada, no solo con el testimonio del pueblo judío y el acuerdo unánime del cristianismo, sino tambien por los mismos documentos que se encuentran en la historia profana. Hemos hablado ya de Herodoto, y ninguno de los medianamente instruidos en la historia ignora que Jenofonte cuenta, en el libro sétimo de la suya, cuál fué la suerte de Baltazar, á quien el profeta Daniel descifró el funesto enigma de aquellos caracteres que una mano invisible trazó en los muros de su palacio, á la sazón que profanaba en un inmundo festin los vasos consagrados al culto del Señor. El célebre Huet dilucidó este punto, con la extension que le facilitaba la amplitud de su plan, en la proposicion sexta, donde se propone manifestar el cumplimiento de muchas profecías del Testamento Antiguo, verificadas ántes de la venida de Jesucristo. Pueden consultar este lugar en el libro de la Demonstracion Evangélica de este autor los que apetezcan alguna mayor amplitud en la materia.

§. II.

De su vida.

¿Y qué dirémos de la vida de los profetas? Toda ella nos revela, de una manera inequívoca, la rectitud del juicio, la pureza de las costumbres y la santidad del corazón. No conocian estos santos personajes un interes mayor que el que les inspiraba la mision augusta que habían traído á la tierra. Desplegaban constantemente un zelo venerable por la gloria de Dios y la sólida felicidad de su pueblo. ¿Qué de medidas no pusieron en práctica para combatir y exterminar la idolatría! ¿De cuántos arbitrios no se valian á cada paso para poner á los israelitas á cubierto de la seducion! No contentos con instruirles de viva voz, difundian con exquisita solitud sus escritos por todas las masas, haciendo á propósito las mas fecundas y claras explicaciones. No esperaban en el retiro de su gabinete los datos que habían de servirles para calcular los frutos de sus trabajos importantes; porque salian de él para visitar las casas de los particulares; catequizaban la infancia, precavían á la juventud, sostenían á la edad madura, penetraban en el palacio

de los grandes, en la corte de los idólatras; y con un esfuerzo que solo podía comunicarles la íntima convicción del poder sobrenatural que les sostenía, defendían la verdad de sus doctrinas, lo que no pocas veces precipitaba sobre ellos el odio y la persecución á los grandes.

“Estos dignos ministros, dice Pontbriand, en quienes se complacia el espíritu del Señor, vivían con la mayor edificación. La pobreza, la mortificación, el desinterés, unidos á una santidad extraordinaria, aumentaban la confianza, y daban nuevo peso á sus palabras. Ellos eran como el baluarte de la religión contra la impiedad y el desarreglo de las costumbres: llevaban un traje peculiar, y se mantenían casi siempre retirados en las poblaciones pequeñas, en donde la inocencia ordinariamente se conserva mejor que en las ciudades. En este retiro era en donde, ocupados enteramente de la oración y del trabajo, desarrollaban el brazo del Todopoderoso, pronto á herir al pueblo judío. Si se dejaban ver en las ciudades, no era sino para cumplir las funciones del santo ministerio, y detener el curso de las prevaricaciones. Muchos de ellos fueron llamados por los reyes infieles, que no podían ménos de respetar á unos hombres en quienes se dejaban ver virtudes tan eminentes: hablaban en público, en los templos y en las plazas. Las profecías que anunciaban se cumplían algunas veces durante su vida, y aun muy poco después de haberlas anunciado: el objeto de otras estaba por lo común muy lejano, y no se cumplían sino mucho tiempo después de su muerte.”¹ Pero el tiempo, que en su curso todo lo deja comprobado, vino á justificar, como se ha visto ya, toda la exactitud de sus anuncios, los cuales por este solo hecho daban á la misión profética de estos personajes ilustres un testimonio que, lejos de ser desmentido, se robustecía más y más con el espectáculo continuo de una vida pasada entre las austeridades de la penitencia, los movimientos del amor divino y las pruebas difíciles de la virtud.

§. III.

De sus obras.

Pero vengamos á sus escritos, puesto que la doctrina contribuye á su turno á multiplicar, digámoslo así, á la vista de los hombres, las credenciales divinas que muestran en testi-

¹ Pontbriand. El incrédulo desengañado. Lib. II, cap. XII.

monio de su misión los enviados del Altísimo. Leed los profetas, ponderad la esencia y carácter de su doctrina, y decidme si podéis atribuir á la razón humana este prodigio de concepciones con que nunca se honraron los mas esclarecidos timbres del saber humano. “Jamás se leen sin admiración las Santas Escrituras, observa muy á propósito el autor citado, pues se distinguen por la sublimidad, y se manifiestan superiores á todas las obras mortales; pero esta hermosura, esta elevación se observa particularmente en los escritos de los profetas, que nos dicen las cosas mas magníficas y mas sublimes, empleando los términos y las expresiones que competen á la grandeza del asunto. En todas sus páginas se encuentran descripciones majestuosas; una nobleza, una solidez y una vehemencia que la impostura jamás pudo imitar. Lo que admira es que, á pesar de la sublimidad de su estilo, se acomodan á todos los entendimientos, y se explican con sencillez cuando hablan de lo que se ha de creer y practicar. La idea que dan de Dios es de las mas grandiosas: la pintura que hacen de su providencia, de su poder, de su eternidad, de su justicia y de su misericordia, eleva el espíritu y llena el corazón. ¿Que cosa, por ejemplo, mas hermosa que el pasaje del profeta Amós, (capítulo IX versos 5 y 6.) sobre el poder del Ser Supremo! *El Señor Dios de los ejércitos toca la tierra, y queda seca: ha establecido su morada en lo mas alto de los cielos: llama las aguas del mar, y las derrama sobre la haz de la tierra: el Señor es su nombre.* Todos estos profetas no tiran en sus obras, sino á inspirar amor hácia la virtud, y á guiar á los hombres hácia Dios. Ellos hablan siempre con autoridad y sin temor alguno, como que están seguros de lo que dicen: no se ven en sus discursos ni lisonjas ni disimulos: el carácter de rectitud y de sinceridad que se nota en ellos, la energía, la vehemencia con que se explican cuando se trata de los intereses de Dios, prueban que estaban animados de su espíritu. Todos tienen el mismo lenguaje: lo que el uno dice en un tiempo, es repetido y confirmado por el otro; de suerte que no se puede tener al uno por sospechoso, sin recusarles á todos.”¹

Hemos demostrado que los profetas anunciaron acontecimientos que no estaban en el orden de la prevision humana, y que muchos de ellos, que se referían á épocas anteriores al advenimiento del Mesías, fueron exactamente verificados;

¹ Pontbriand. Obra y cap. citados.

que estos personajes observaron, no solamente una conducta irreprochable, sino una vida santa; y que manifiestan, por último, aun en sus mismos escritos, la inspiración divina que animaba su mente y hacía correr su pluma. Luego eran enviados de Dios, y tuvieron por tanto una misión divina. Pasemos á Jesucristo.

CAPITULO V.

JESUCRISTO Y LOS APOSTOLES.

Jesucristo es Dios: luego su palabra es divina, y como divina, infalible y obligatoria. Jesucristo es Dios: luego los apóstoles y sus sucesores obraban y obran hoy con una misión divina y con los poderes del cielo. Jesucristo es Dios: luego existe la Iglesia, y con ella una autoridad infalible, una sociedad universal, un imperio eterno con el carácter divino de su institución. Estas consecuencias son legítimas, son forzosas, no admiten controversia ni objeción alguna. La razón es obvia: si el Antiguo y Nuevo Testamento son, como lo hemos hecho ver, auténticos, verdaderos é íntegros, está demostrado igualmente que apareció en la Palestina, en los primeros años de nuestra Era, un hombre extraordinario llamado Jesucristo, hijo de María, descendiente de la casa y familia de David; que vivió en Judea bajo el reinado de Augusto y de Tiberio; que se anunció él mismo como el Mesías prometido en la ley y en los profetas, como el Hijo de Dios. También lo es que predicó una doctrina nueva para todas las naciones; que eligió doce apóstoles para que propagasen su doctrina y llevasen la fe, la esperanza y la caridad á todo el universo; que estableció una Iglesia para que fuese la depositaria de sus dogmas, intérprete de su ley, maestra de las costumbres, representante suya en la tierra, órgano de su voluntad y suprema dispensadora de sus tesoros divinos. Toda la verdad pues de las cosas que hemos dicho, pende exclusivamente de un hecho; y por tanto, probado este hecho, que es la divinidad de Jesucristo, queda todo infalible é incontrastablemente establecido. Nuestro deber aquí se reduce, por tanto, á demostrar que Jesucristo es Dios, y este será el objeto del presente capítulo. Sin embargo, atentos á la brevedad y concisión que debemos observar por la naturaleza misma de nuestro plan, elegiremos entre millares de pruebas unos cuantos argumentos;

pues cualquiera de ellos basta para reconocer evidentemente la divinidad del Mesías.

A esta divinidad universalmente reconocida concurren innumerables testimonios tomados de tres fuentes distintas, que son: el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento y la historia de la Iglesia. El primero puede considerarse como una historia profética, simbólica y figurativa del Mesías: el segundo, como un milagro continuo, y un cuadro acabado y perfecto de doctrina, de acontecimientos é instituciones sobrenaturales: la tercera, por último, como un contingente indefectible que han ido pagando los siglos al poder soberano de Jesucristo. De este modo vamos viendo, al través de los acontecimientos mas diversos que nos presenta la historia del género humano, al hombre delincuente y al hombre regenerado; y por tanto, la clave de todo este misterioso edificio viene á ser la existencia y divinidad de un personaje que trajo á la tierra la misión de regenerar la naturaleza corrompida por el pecado, de restablecer la moral destruida por el pecado, de salvar la humanidad entera de la eterna perdición á que estaba sujeta por el pecado. He aquí por qué, desde las primeras páginas del Génesis, desde los primeros días del hombre hasta los tiempos de hoy, vemos resplandecer al Mesías como el viajero que, dando la vuelta al mundo y encontrando al sol en todas partes, no halla punto fijo para el oriente ni para el ocaso. Situados en aquel punto, donde parece replegarse el horizonte de la existencia contra los abismos de la nada, vemos levantarse majestuosamente al Mesías, y pasar con los siglos y sobre los siglos, sin que su luz llegue á ocultarse un solo momento á la vista de las generaciones. El Antiguo Testamento nos le anuncia en sus profecías, nos le pinta en sus figuras, nos le muestra en sus leyes é instituciones. El Nuevo Testamento nos le hace reconocer Dios en los prodigios que preceden, en los que acompañan y en los que siguen á su nacimiento, en el misterio de sus humillaciones y de su grandeza, en la santidad de su vida, en el carácter de su predicación, en el poder de sus milagros, en su resurrección gloriosa. La historia de la Iglesia que, propiamente hablando, comienza por los hechos apostólicos, sorprende nuestra admiración con los trabajos de los apóstoles, la santidad de su vida, el desempeño de su misión, el establecimiento y propagación de la Iglesia, la constancia de los mártires, la transformación del mundo y la incontrastable firmeza del nuevo reino. He aquí un orden de pruebas que mostraremos con rapidez en este capítulo, como un argumento

sostenido é incontestable de la divinidad del Mesías, de la mision auténtica de los apóstoles y de la autoridad de la Iglesia.

CAPITULO VI.

TESTIMONIOS DE JESUCRISTO, RECOGIDOS EN EL ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO.

La aparicion de Jesucristo en el mundo fué sin duda un acontecimiento maravilloso; su mision, un suceso extraordinario y divino; pero no una cosa inesperada y sorprendente. Cuarenta siglos hacia que se le esperaba con ansia; y al venir de los tiempos prefijados, habia un movimiento universal entre los judíos y aun entre los mas claros ingenios del paganismo. Era el nombre de Mesías entre los primeros una palabra celestial, consagrada por su historia, sus tradiciones, sus monumentos, sus instituciones políticas, sus ceremonias religiosas, sus sacrificios, su culto, sus temores y sus esperanzas; y entre los segundos, ni faltaban predicciones, ni dejaba de notarse un cierto movimiento instintivo de espectacion de un personaje, que debia traer la paz y la felicidad al género humano. De este modo puede decirse con verdad, que la expectativa de Jesucristo era el grande asunto que ocupaba al mundo todo, al acercarse ya la época pronunciada en la lei, en las figuras y en los profetas. Con esta persuasion preguntaban los judíos al Bautista, si él era el Mesías; con la misma respondió á Jesucristo la samaritana: *Yo sé que el Mesías está para venir*; y con la misma persuasion le decian tambien frecuentemente los judíos: *¿Hasta cuándo nos habéis de tener en la incertidumbre! Si sois el Cristo, decidnoslo clara y terminantemente*. Una persuasion semejante hacia hablar á las sibilas, y acaso tambien constituia el verdadero objeto de varios cánticos en que prorumpieron los mas insignes poetas de la antigüedad pagana.¹

¹ Los que quieran convencerse evidentemente de que entre los mismos gentiles estaba difundida, aunque entre misterios y tinieblas, la grande esperanza de un regenerador y reparador universal, pueden consultar la excelente obra de *Schmitt*, titulada. "La redemption du genre humain, annoncé par les traditions, et les croyances religieuses, figuré par les sacrifices de tous les peuples." (Esta obra corre inserta en el tom. 13, pág.

La primera prueba, pues, que nos da Jesucristo de su mision, es la expectativa del género humano, y señaladamente de la nacion judía; expectativa que se prolongó por cuarenta siglos, y que estuvo constantemente sostenida por mil fuerzas maravillosas; por las mismas instituciones políticas, por el culto público, por los sacrificios, &c.: de modo que puede decirse á la letra, que toda la historia del género humano, hasta el nacimiento de Jesucristo, no es mas que la historia del Redentor y de su Iglesia representada visiblemente en las figuras, y magníficamente anunciada en las profecías. Limitémonos pues á unas cortas reflexiones sobre estas y aquellas, para estimar como es debido el testimonio que da el Antiguo Testamento á la naturaleza y mision divina de Jesucristo.

§. I.

Profecías.

"Abrid los libros del Antiguo Testamento, dice un escritor moderno: ¿qué véis en ellos? Predicciones del nacimiento de Jesucristo en el seno de una vírgen, predicciones de la formacion, engrandecimiento y duracion eterna de su Iglesia, predicciones de la justicia, de las gracias que hallarian en este Enviado de Dios cuantos creyesen en él. Los profetas le descubren al través de los futuros siglos; con qué respeto, con qué santo entusiasmo hablan de él! Leed en Isaías la historia, tan precisa como asombrosa, de la pasion, de la muerte y de la resurreccion de este Libertador divino. ¿Quién podria sin enternecerse pasar aquí la vista por la pintura de los padecimientos que debia sufrir por nosotros, pintura que en el Evangelio hallamos tan perfectamente realizada?"

"Que no pueda yo poner á vuestra vista los profetas! Allí veriais designada la pequeña ciudad de Betlem, para ser el lugar del nacimiento de Jesucristo: allí tambien al Precursor, que como un ángel, debia precederle algunos dias, preparándose ántes en el desierto, para salir luego á anunciarle al mundo; allí, el soberano imperio que debia ejercer sobre los cuerpos y sobre las almas; allí, el tercero dia en que debia resuscitar por sí mismo del sepulcro, el momento y el modo

1081 de la coleccion novísima de las *Demostraciones Evangelicas*, publicada en Paris en 1843.

con que habia de elevarse á los cielos; allí, la prontitud con que habia de someter á las naciones; allí, la expiacion de los pecados, el establecimiento de la justicia eterna, el cumplimiento de las profecías, la abolicion de los sacrificios, el sitio de Jerusalem, la destruccion de la ciudad, la abominacion de la desolacion en el lugar santo, la ruina completa del templo; consecuencias espantosas del deicidio de los judíos y de su lamentable ceguedad. En otro lugar veriais la entrada triunfante del Mesías en Jerusalem, la designacion del animal que habia de conducirse, las salivas, las bofetadas de que mui pronto habia de ser objeto, la traicion de Judas. . . . los treinta dineros, la túnica que habia de echar en suerte, la hiel y vinagre . . . el modo con que habian de clavar sus piés y manos, la manera con que habian de conservarse sus huesos, como los del Cordero Pascual. . . . Todo está previsto, todo anunciado, todo *perfectamente* detallado, y todo tuvo lugar en la persona de Jesucristo, conforme á las predicciones hechas tantos siglos ántes por tantos profetas diversos, á quienes hubiera sido de todo punto imposible hallarse de acuerdo, de modos tan diferentes en los lugares, en los tiempos tan lejanos los unos de los otros, y con mas circunstancias tan precisas, que se ha tenido razon en decir, que los profetas han sido, como los evangelistas del Antiguo Testamento.¹

El cuadro que acaba de verse, puede pasar como un *resúmen sinóptico* de la prueba tomada de las profecías. Sin embargo, en obsequio de las personas á quienes no sea familiar la lectura del Antiguo y Nuevo Testamento, harémos algunas indicaciones particulares, escogidas entre las muchas que abarca en toda su extension la prueba de que se trata. Para proceder metódicamente, nos limitarémos á las que se refieren á la época de su venida, al lugar de su nacimiento, á la estirpe de su ascendencia, á su vida, su carácter, sus padecimientos incomparables y su cruel é ignominiosa muerte.

§. II.

Epoca de su venida.

El tiempo de la venida del Mesías al mundo está determinado por un concurso numeroso de circunstancias que le fijan en la época precisa en que Jesucristo apareció sobre la tierra. Estaba profetizado que no saldria el cetro de Judá,

¹ *Le Coz.* Defense de la revelation. Art. IV.

ni careceria el pueblo judío de un gefe de su raza, sino hasta la venida del Mesías;¹ que el Deseado de las naciones, el Mediador de la alianza, el Señor que ellos esperaban, debia venir al segundo templo, y atraer á él con su presencia una gloria mas grande que la del primer templo;² que habia de ser precedido de un precursor, y la voz del que clama en el desierto habia de prevenir á todos que le preparasen sus caminos;³ que al fin de cierto periodo, computado por semanas de años, segun las costumbres de los judíos, debia aparecer el Deseado de las naciones;⁴ que habia de ser destruida despues de cierto tiempo la ciudad y el santuario, y cesar, para nunca reaparecer, el sacrificio y la oblacion de la lei antigua, despues de la muerte del Mesías.⁵ He aquí lo profetizado: veamos ahora lo sucedido.

Un rei dominaba sobre los judios en su propia patria, aunque las diez tribus hubiesen desde mucho tiempo atras, cesado de formar un reino: su consejo nacional, cuyos miembros, como judios, venian por línea recta desde Judá, ejercia su autoridad y su poder; el templo estaba en pié todavia, la oblacion y el sacrificio se ofrecian de ordinario y diariamente, segun la lei de Moises; y el tiempo prefijado para la venida del Mesías rayaba ya en su última designacion á los principios de la Era cristiana. Antes que Jesucristo ejerciese su ministerio público, apareció un Precursor, para prepararle el camino; y este Precursor, conocido generalmente por Juan el Bautista, cuenta no solo con el sufragio de los escritores sagrados, sino tambien con el de los profanos: pues el historiador Josefó le cita por su propio nombre; habla de su vida sin mancha, de su cruel martirio; describe su predicacion y menciona el bautismo de agua que concedia.

§. III.

Su nacimiento.

Sin embargo de que los judíos no quisieron reconocer á Jesus, nada está mejor determinado en las profecías, que su descendencia humana, y nada mas conforme, que todos estos anuncios con la historia fiel de su nacimiento, de su vida y

¹ Genes. cap. XLIX, v. 10.

² Ageo. cap. II, vv. 7 y 8. Malaq. cap. III, v. 1. °

³ Isaias. cap. XL, v. 3. Malaq. capitulo III, v. 1. °

⁴ Dan. cap. IX, v. 25.

⁵ Dan. *ibid.* v. 24.

de su muerte. La divinidad de su persona está muy clara y terminantemente proclamada en el Antiguo Testamento. El Admirable, el Consejero, el Dios fuerte, nombres con que se le designa en esta historia profética, debía convertirse en un pequeño niño, debía nacer en el tiempo: era un hijo que había de sernos concedido á los hombres. ¹ Jesucristo era aquel hijo de la muger, que debía quebrantar la cabeza del Dragon. ² Su línea de descendencia según la carne, y el lugar de su nacimiento, estaban predichos del modo mas expreso. En la estirpe de Abraham, nos dice el Génesis, que habian de ser benditas las generaciones. ³ Un profeta semejante á Moises, nos dice el Deuteronomio, que habria de levantarse en medio de los israelitas, sus hermanos. ⁴ No solo habia de pertenecer en general por su origen á la tribu de Judá, como leemos en el Génesis; ⁵ sino que habia de ser contado entre la régia estirpe de David. Del vástago de Jessé debía salir un retoño, dice la Escritura, en el que reposaria el Espíritu del Señor, y á quien habian de acudir solícitas las inmensas familias del gentilismo. ⁶ En David habia de elevarse una rama de justicia, un rei que seria designado con los renombres augustos de *el Señor, Nuestra Justicia*. ⁷ En Bethlem Ephrata, en la tierra de Judá, cuya miserable pequeñez hacia que se la considerase como la última entre las muchas poblaciones de Israel, debía nacer aquel cuya generacion ha existido siempre, desde la eternidad. ⁸

Tales son las profecías que conciernen al nacimiento del Mesías. Búsquese uno entre los nacidos á quien puedan ser aplicadas, y será en vano la tentativa, si exceptuamos á Jesus. El es el único de los hijos salidos de la muger, de la raza de Abraham, de la tribu de Judá, de la casa de David, en quien podian ser benditas todas las generaciones; el único que arrastra en su seguimiento las turbas inmensas del gentilismo, el único, finalmente, á quien habian declarado con el suficiente número de datos, y mucho tiempo ántes de haberse perdido las genealogías de sus familias, descendiente de la casa de David, y nacido en la pequeña ciudad de

1 Isaías. cap. XI, v 6.

2 Gén. cap. III, v 15.

3 Cap. XXII, v 18.

4 Cap. XVIII, v 15.

5 Cap. XLIX, v 8.

6 Isaías cap. XI, v 1, 10.

7 Jerem. cap. XXXIII, v 5 y 6.

8 Micheas cap. V, v 2.

Bethlem. Consultad los evangelios, cuya autenticidad y verdad tenemos bien demostrada; recorred paso á paso todos sus documentos históricos relativamente al nacimiento de Jesus, y quedaréis plenamente convencidos de que en este grande acontecimiento no fueron excedidas ni menoscabadas tampoco por el suceso cuantas circunstancias preventivas y concomitantes abarcan en su vasto conjunto las predicciones proféticas, que siglos y siglos ántes, y de un modo sucesivo, se registran por menor en todas las páginas del Antiguo Testamento.

Pero lo que hai aquí de mas notable, dice un célebre apoloquista de nuestros dias, “es que todos los caracteres distintivos de la plenitud de los tiempos, y cuantas señales habian de fijar el momento en que debía aparecer el Mesías, desaparecieron inmediatamente despues de la muerte de Jesucristo; y como este momento era la única época precisa y determinada, tan difícil es que aquellos vuelvan á presentarse, como imposible que reaparezcan en el curso de los tiempos las épocas ya fenecidas. Pasaron las setenta semanas de Daniel, faltó el rei de la tribu de Judá, quedaron los judíos entregados á toda suerte de vejaciones, desterrados y sin patria: cayó el templo, sin que quedase *pedra sobre piedra*; acabaron el sacrificio y la oblation; y los judíos no tuvieron ya desde entónces ni templo, ni patria, ni sacerdotes, ni altar. *Discurran los judíos como quieran; el hecho es que los acontecimientos mismos los ponen en la alternativa de rebelarse contra sus Profetas, que tanto veneran, ó de reconocer en la persona de Jesucristo al Mesías, que inútil y neciamente aguardan todavia.* ¿Cómo podria sostenerse la verdad de estas profecías, si el Mesías no hubiese venido ya! En qué momento, desde los primeros oráculos de Moises hasta los últimos de Malachias, podrán hallarse unas señales del tiempo en que *Shiloh* debía aparecer, y ser condenado á muerte el Mesías, príncipe de su pueblo, tan claras ó inequívocas, como las que presentaba la época en que aquellos crucificaron á Jesus; este momento fatal en que se eclipsó la gloria de Judá, que por la incredulidad pertinaz de los judíos, no ha dejado hasta hoy, durante diez y ocho siglos, otra gloriosa página en el gran libro de su historia!” ¹

1 Keith. Evidence de la verité de la religion chrétienne, tirée de l'accomplissement littéral des prophéties: Cap. II. (*Extracto.*) (Lo que está escrito de cursiva, se ha intercalado para dar mayor claridad al pasaje que se cita.)

§. IV.

Su vida, carácter &c.

Si de aquí pasamos á la vida de Jesucristo, tan fácil nos sería recorrerla en el Antiguo, como en el Nuevo Testamento; tan exacta y fiel es la correspondencia que hai entre ambos libros acerca del Mesías! La prevision de los profetas y la memoria de los evangelistas parecen reducir á un instante la inmensa duracion de los siglos que les divide, sin que haya mas diferencia entre sus libros, que la vehemencia sublime de la inspiracion profética, y la imponente calma de un testimonio dado despues de presenciado el acontecimiento predicho. Esta correspondencia tan exacta y los caracteres únicos de la persona de Jesucristo ejercen tan maravilloso poder sobre la conviccion, que los mismos deistas y los escritores mas libres en sus opiniones religiosas no han podido librarse algunas veces de pagar un tributo solemne á la divinidad del Mesías. Rousseau considera tan difícil la impostura en esta materia, que con admirar tanto el carácter de Jesus, dice no obstante, que si tal carácter no fuese un hecho histórico de la mayor autenticidad, habria un milagro en la misma trama, y *el inventor seria mas digno de admiracion que el héroe*. El mismo trazó en favor del Hijo de Maria un cuadro comparativo con Sócrates, *que veremos adelante*; y Lord Byron, no contento con decir lo mismo que *tan elocuentemente habia dicho* el filósofo de Ginebra, ha dicho con la misma verdad y mayor nobleza, que *si alguna vez Dios ha sido hombre, ó el hombre Dios, Jesucristo era tanto el uno como el otro*. "Tal era el carácter divino de Jesucristo, dice Keith, que ninguna mano que no fuese divina podia pintarle; y si buscamos en las profecías lo que debia ser el Mesías, no leemos allí, sino lo mismo que fué Jesus en el tiempo en que vivió entre los hombres."¹ Veamos pues en los profetas el cuadro perfectísimo de la vida y carácter de este divino personaje.

Con él hablaba el Salmista-Rei en estas efusiones de su genio, inflamado á la vista del grande libertador que habia de llegar en la plenitud de los tiempos: *Sóis el mas hermoso entre los hijos de los hombres; la gracia está derramada sobre vuestros labios, y por esto Dios os ha bendito por toda la eternidad: vos amáis la justicia, aborrecéis la iniquidad.*²

1 Obra y lugar citados.

2 Ps. XLIV, vv 3 y 8.

Isaías, el mas vehemente y sublime de los profetas, le designa con rasgos igualmente característicos en diferentes lugares de su profecía. "El Espíritu del Señor, dice, reposará sobre él, el espíritu de ciencia y de temor del Señor. No juzgará segun lo que hayan visto sus ojos, ni condenará segun lo que hayan oido sus oidos; mas juzgará al poder en la justicia y se declarará el justo vengador de los humildes sobre la tierra. La justicia será la cinta de sus riñones, y la fe el tahalí con que estará ceñido. ¹ Apacentará su rebaño como un pastor; juntará los corderos por la fuerza de su brazo y los conducirá sobre su pecho. ² No acabará de romper la caña cascada, ni extinguirá la pavesa que aun humea."³ "He aquí á vuestro rei, dice Zacarías, vuestro rei que viene hácia vosotros: es justo y trae consigo la salud; es pobre y viene montado sobre una asna."⁴ No ha cometido violencia, y la mentira jamas ha posado sobre uss labios.⁵

He aquí caracterizado terminantemente á Jesus. ¿A quién podrian aplicarse fuera de él estas cualidades y prendas que anuncian un genio divino! Esta suavísima uncion que destilaba de sus labios; este esmero de solicitud por la santidad y la justicia, este contraste divino entre la omnipotencia del verbo y la pobreza de Jesus, esta exencion de toda mancha, ¿qué persona hallarian donde acomodarse, entre cuantos hombres han repasado los siglos, si hubiésemos de suprimir á Jesucristo! Pero demos un paso mas hácia la historia profética de su pasion y de su muerte.

§. V.

Su pasion y muerte.

"El ha sido entregado á la aflixion y al tormento, exclama Isaías, y sin embargo, no ha abierto sus labios; como un cordero ha sido conducido al patíbulo; y semejante á la oveja que permanece muda bajo la mano del que la trasquila, no abrió absolutamente su boca."⁶ Pero oigamos las palabras que este mismo profeta pone en los labios de Jesucristo: "Yo he abandonado mi cuerpo á los que me herian, y

1 Cap. XI, vv 2, 3 y 5.

2 Isaías cap. XL, v 11.

3 Cap. XLII, v 3.

4 Cap. XL, v 9.

5 Isaías cap. LIII, v 9.

6 Isaías, cap. LIII, v 7.

mis mejillas á los que me arrancaban el pelo de la barba; no he ocultado mi rostro á los que me cubrían de injurias y salivas."¹ No se dejará, dice el profeta, conducir hasta el desfallecimiento y desconcierto de la muerte, sino hasta dejar establecida la justicia sobre la tierra.² El, dice el salmista, libertará al indigente que clamare á él, y al pobre también, y al que no tenga protector. Rescatará sus almas de la violencia y de la decepción, y la sangre de ellos será preciosa á sus ojos. Los hombres serán bendecidos en él, y todos los pueblos le llamarán *Bendito del Señor*.³

¿Qué circunstanciadamente pintan los profetas el cuadro misterioso y sublime de sus padecimientos y de su muerte! "Ha crecido, dice Isaías, como una tierna planta."⁴ Ha estado en Jerusalén, dice Zacarías, en un humilde triunfo, "sentado en una vil cabalgadura: ha sido entregado por treinta dineros; herido con varas, dice David, y vituperado: le han escupido á la cara; sus pies y sus manos han sido clavados, y sin embargo, ninguno de sus huesos ha sido roto: le han dado á beber hiel y vinagre; sus vestiduras fueron repartidas, y su túnica echada en suerte."⁵ Todas estas circunstancias, así como el género de su muerte y su sepultura, están menudamente anunciadas: su resurrección gloriosa, sin que su cuerpo hubiese participado de la corrupción del sepulcro,⁶ todo ha sido exactamente anunciado y literalmente cumplido. Los tres últimos versos del capítulo LII, y todo el capítulo LIII de Isaías, escritos mas de setecientos años ántes de Jesucristo, son una profecía continua, que por la minuciosidad extrema con que refiere los hechos futuros, mas parece ser una verdadera, exacta y puntual historia de las acciones, de los padecimientos y de la muerte de Jesucristo. Aquí se ve que Jesús será desechado de los judíos: su humanidad, su dulzura, su aflicción y su agonía están allí descritas.

Allí se predice que no se dará crédito á sus palabras; que estará sumergido en la humillación, en la abyección mas profunda; que su dolor será inmenso; que su rostro y todo su

1 El mismo, cap. L, v. 6.

2 El mismo, cap. XLII, v. 4.

3 Ps. LXXI, vv. 12, 14 y 17.

4 Isaías, cap. LIII, v. 2.

5 Zach., cap. XI, vv. 12 y 13.

6 Ps. XXI, vv. 17, 18, 19 y otros.

7 Isaías, cap. LIII, v. 9.

8 Ps. XV, v. 10.

cuerpo estarán cubiertos de oprobios tan grandes, como jamás los habrán sufrido los hijos de los hombres; que la víctima no desplegará sus labios, sino para interceder en favor de los mismos delincuentes. "Por una oposición directísima, observa mui á propósito Keiti, á la conducta ordinaria de la Providencia, esta profecía nos muestra á la inocencia immaculada padeciendo por orden del cielo; nos presenta su muerte como una consecuencia de la obediencia mas cumplida; al fiel servidor de Dios, como olvidado de sí mismo; á un justo perfectamente irreprochable, echando sobre sí la pena que corresponde á una multitud de culpables, purificando con la virtud de su sacrificio á las naciones y sus iniquidades, y justificando un grande número de hombres por el conocimiento de su nombre."¹

Sería necesario exceder con mucho la medida que nos impone el carácter de nuestro plan, para decir todavía algo de lo mucho que registramos en los libros de los Profetas. La sola prueba de la divinidad de Jesucristo fundada en las predicciones de estos santos personajes, ocuparía sin prohibición volúmenes enteros. Pero es un atributo exclusivo de ciertas verdades brillar lo mismo en lo pequeño que en lo grande; y esas nociones evangélicas felizmente divulgadas hasta en las clases mas humildes de la sociedad, bastan para comprender, que desde el nacimiento hasta la muerte de Jesucristo, todo estaba minuciosamente anunciado y todo quedó exactísimamente cumplido.

CAPITULO VII.

FIGURAS DE JESUCRISTO.

El Redentor del género humano fué anunciado al antiguo pueblo, no solamente por la voz de todos los profetas, sino por los mismos acontecimientos de su historia, por los pasajes mas notables de la vida y de la muerte de algunos hombres célebres. Este género de anuncios, que consisten menos en las palabras que en los hechos, se conocen con el nombre de *figuras*; y si una ú otra en particular no produciría mas que algunos datos de probabilidad; la perfecta semejanza de cada figura, el enlace histórico de todas ellas, el concepto que formó siempre la nación judía por espacio de

1 Obra citada, cap. II.